

MEDIACIÓN DE IDA Y VUELTA EN SAN LUIS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT



En la carta de febrero, llamé mediación de ida y vuelta a la doble dirección del camino mariano, ya que por él Dios viene hasta nosotros y nosotros necesitamos ir a Dios. La espiritualidad montfortiana lo ha comprendido hasta el punto de situar la mediación en la base del sistema.

Aguas arriba. Nuestro tema quedó planteado en la carta anterior: la Esclavitud Mariana es la contrapartida espiritual de una verdad doctrinal, a saber, la mediación de María. Es su prolongación espiritual. Es el resultado o consecuencia de nuestro reconocimiento de la mediación universal de María, porque, si ella es el medio por el que Dios nos concede las gracias, la gracia de la santidad –la única que deberíamos desear en realidad–, ¿podemos dejarla fuera de esa mediación?

Y cité algunas voces significativas, en especial la de San Bernardo. Montfort ha sido llamado “nuevo San Bernardo”, y sus profundas formulaciones en este terreno van –en mi opinión– más allá del santo abad. Corresponde hoy dirigir una breve mirada a ese lugar de fundamento que la mediación de la Virgen ocupa en su *verdadera devoción* a María.

Fundamentos. El *Tratado*, de buenas a primeras, se abre con una afirmación resuelta que va a presidir en realidad toda la obra:

“Por medio de la Santísima Virgen María vino Jesucristo al mundo y también por medio de Ella debe reinar en el mundo” (VD, 1).

Se basa para decirlo en la invariabilidad de la voluntad de Dios, ya que,

“habiendo querido Dios comenzar y culminar sus mayores obras por medio de la Santísima Virgen desde que la formó, es de creer que no cambiará jamás de proceder; es Dios, y no cambia ni en sus sentimientos ni en su manera de obrar” (VD, 15),

y entre otros lugares bíblicos, aduce la afirmación paulina de que **“los dones y la llamada de Dios son irrevocables”** (Rom 11,29): y lo son también, hemos de entender, los dones concedidos a María y su vocación de mediadora, que durará hasta el último día¹.

El tema que nos incumbe está admirablemente resumido en estas palabras:

¹ En palabras del obispo Torras i Bages: “Los decretos de Dios son invariables; y cuando quiso remediar al mundo, cuando quiso enviar a la tierra la salvación, lo hizo por medio de María; y para mientras dure el linaje humano en este valle de lágrimas, siempre Ella será la que alcanzará misericordia para los desterrados hijos de Eva” (cit. por José Ricart, *La mariología del Dr. Torras y Bages, obispo de Vich, Casals, Barcelona 1948, 311*).

“Viendo Dios que somos indignos de recibir sus gracias inmediatamente de sus manos -dice San Bernardo-, la da a María, para que por Ella recibamos cuanto nos quiere dar. Añadamos que Dios cifra su gloria en recibir, de manos de María, el tributo de gratitud, respeto y amor que le debemos por sus beneficios. Es, pues, muy justo imitar la conducta de Dios, ‘para que -añade el mismo San Bernardo- la gracia vuelva a su autor por el mismo canal por donde vino a nosotros’. Esto es lo que hacemos con nuestra devoción: ofrecemos y consagramos a la Santísima Virgen cuanto somos y tenemos, a fin de que Nuestro Señor reciba por su mediación la gloria y el reconocimiento que le debemos, y nos reconocemos indignos e incapaces de acercarnos por nosotros mismos a su infinita Majestad. Por ello acudimos a la intercesión de la Santísima Virgen” (VD, 142).

Es decir: las gracias vienen por ella, Dios se complace en que respondamos por el mismo conducto, y ese es el sentido de nuestra consagración mariana.

Nos consagramos a la Señora “como al medio perfecto escogido por Jesucristo para unirse a nosotros, y a nosotros con Él” (VD, 125): indiscutible mediación *de ida y vuelta*.



Imitadores de Dios. Como somos miembros de Cristo y Cristo ha nacido de María, debemos también nacer de ella; y un miembro de Cristo nacido de otra madre distinta no sería, dice el santo, un miembro, sino un verdadero “monstruo en el orden de la gracia” (VD, 32). Es esta una verdadera mediación de ida y vuelta, porque el nuestro es un nacimiento espiritual hacia Dios (cfr. Jn 3,3-8).

Presenta Montfort el modo como las tres divinas Personas han obrado por medio de María en la Encarnación y, al presente, obran también por medio de ella en la santificación de los hombres, para concluir:

“Después de tantos y tan apremiantes ejemplos de la Santísima Trinidad, ¿podremos, acaso –a no ser que estemos completamente ciegos–, prescindir de María, no consagrarnos ni someternos a Ella para ir a Dios y sacrificarnos a Él?” (VD, 140).

Describe la conducta de la segunda Persona en la Encarnación:

“El Altísimo descendió de manera perfecta y divina hasta nosotros por medio de la humilde María, sin perder nada de su divinidad y santidad. Del mismo modo deben subir los pequeñuelos hasta el Altísimo perfecta y divinamente y sin temor alguno a través de María. El Incomprensible se dejó abarcar y encerrar perfectamente por la humilde María, sin perder nada de su inmensidad. Del mismo modo debemos dejarnos contener y conducir perfectamente y sin reservas por la humilde María. El Inaccesible se acercó y unió estrecha, perfecta y aun personalmente a nuestra humanidad por María, sin perder nada de su Majestad. Del mismo modo, por María debemos acercarnos a Dios y unirnos a su Majestad perfecta e íntimamente, sin temor de ser rechazados. Finalmente, EL QUE ES quiso venir a lo que no es y hacer que lo que no es llegue a ser Dios o El que es. Esto lo realizó perfectamente entregándose y sometiéndose incondicionalmente a la joven María, sin dejar de ser en el tiempo El que es en la eternidad. Del mismo modo, nosotros, aunque no seamos nada, podemos por María llegar a ser semejantes a Dios por la gracia y la gloria, entregándonos perfecta y totalmente a Ella, de suerte que, no siendo nada por nosotros mismos, lo seamos todo en Ella, sin temor de engañarnos” (VD, 157).

Está aquí bien patente esta mediación de ida y vuelta, según la cual debemos tomar el camino mariano que tomó el Verbo al encarnarse; basta tener presente que las frases encabezadas

por “del mismo modo” son, en realidad, consecuencias más que comparaciones, y nos dicen que tenemos que tomar hacia Dios el camino que tomó Él para venir hasta nosotros.

Consagración. Por todo esto, nuestro santo puede decir con toda rotundidad y con júbilo, en un pensamiento que no deja fuera de la consagración a ningún verdadero cristiano:



“Todo justo se consagrará a la Santísima Virgen y a Jesucristo: a la Santísima Virgen, como el medio más perfecto que Jesucristo ha escogido para unirse a nosotros y unirnos con Él, y a Nuestro Señor, como a nuestro último fin” (VD, 125).

Hay que notar, por último, que esta mediación mariana como fundamento de nuestra Esclavitud está presente en la misma fórmula de consagración, incluso empleando dos veces el término *mediación*²:

“Acudo a la intercesión y misericordia de tu santísima Madre. Tú me la has dado como Mediadora ante ti. Yo espero alcanzar de ti, por mediación suya, la contrición y el perdón de mis pecados y la adquisición y conservación de la Sabiduría [...].

“¡Oh Madre admirable!, preséntame a tu querido Hijo, en calidad de eterno esclavo, a fin de que, habiéndome rescatado por tu mediación, me reciba ahora de tu mano” (ASE, 223-226).

Siguiendo las huellas de Montfort. En el congreso montfortiano de Barcelona de 1918, esta correspondencia de la Esclavitud con la mediación mariana fue expresada en no pocas ocasiones. Recojamos sobre todo las dos alusiones hechas, nada menos, en el documento en que el congreso pide al Papa la definición dogmática de tal mediación; se dice ahí que la doctrina de Montfort “toda ella se apoya, como en firmísima base, en esta idea de la Mediación Universal de la Madre de Dios”³; y la Esclavitud Mariana “se funda en la Mediación Universal y actual de la Madre de Dios y Señora nuestra, y de ella procede, por lógico desarrollo”⁴.

Parece imposible sacar las consecuencias de todo esto mejor de lo que lo hace el P. Nazario Pérez:

² En el segundo de estos párrafos aparece una de las escasas alusiones a la cooperación de María en la Redención. No parece ser exacta la opinión de René Laurentin de que el santo solo concibe en la Virgen una mediación actual de las gracias, y no una cooperación en la obra redentora de su Hijo (cfr. R. Laurentin, *Dieu seul est ma tendresse*, François-Xavier de Guibert, París 1996, 31).

³ *Crónica del Primer Congreso Mariano-Montfortiano, celebrado en Barcelona el año 1918*, El Mensajero de María, Totana (Murcia) 1920, 450.

⁴ *Ib.*, 453. La mediación de María es “fundamento en que se basa nuestra esclavitud” (Antonio Pérez Goyena, resumiendo ideas de Dictino de la Parte Abia, p. 298). “María es Mediadora entre Jesús y nosotros [...]. Así dispuesta la economía de nuestra salvación [...], ¿cuál será delante de María la actitud del cristiano [...], si no es la dependencia más absoluta y total, o sea, la esclavitud?” (Jesús María de Orihuela, resumiendo ideas de José Cauven, p. 340). Montfort “toma como base [...] uno de los principios más evidentes [...]: ‘Jesucristo [...] vino al mundo por medio de la Santísima Virgen, y por Ella debe reinar también en el mundo’ [...]. A semejanza de un excelente matemático que [...] sienta un axioma [...] para todos evidente e indiscutible, y [...] va de corolario en corolario deduciendo verdades que al fin le llevan a la resolución apetecida; así el Beato Luis, partiendo del hecho de ser María el camino escogido por Dios a nosotros, llega [...] a la verdad que él deseaba: la necesidad de nuestra consagración a María en calidad de esclavos suyos de amor” (Manuel Montoto, extractando ideas de Jesús María de Orihuela, p. 378). La consagración y su vivencia “descansan sobre los incommovibles cimientos de la verdad dogmática de la Mediación universal de María [...]. [Montfort hace] descansar todo el edificio de su teología mariana sobre la *Mediación Universal de María*” (Julio Sánchez Martín, p. 410).

"Lo que lógicamente se deduce de la doctrina de la Mediación Universal de Nuestra Señora es la importancia de la devoción a Ella, sobre todo de la verdadera devoción. Hay que dar a la Madre de Dios, en la Ascética, el lugar que le corresponde y el que tiene en el Dogma, según el común sentir de la Iglesia.

"Hay que ponerla en nuestra vida espiritual en el lugar donde Dios la ha puesto en el cielo y en el mundo: hay que hacer Reina de nuestros corazones a la que es Reina del Universo. No podemos contentarnos con darle una capilla lateral, un altar, aunque sea preciosísimo, en el templo de nuestro corazón; hemos de ponerla en el altar mayor del santuario de nuestra alma"⁵.

Y nosotros también... Estamos ya de acuerdo: nuestra vida de gracia depende de María como mediadora. Ese es el orden que ha establecido Dios: que la Virgen medie en Cristo, "con Él y bajo Él"⁶. De ahí obtenemos las gracias, y "no hay fruto de la gracia en la historia de la salvación que no tenga como instrumento necesario la mediación de Nuestra Señora"⁷. He aquí nuestra dependencia. Se trata de reconocerla con nuestra actitud espiritual. San Pablo exhortaba: **"Si vivimos por el Espíritu, marchemos tras el Espíritu"** (Gál 5,25). Pero la mediación de María es una obra del Espíritu; por eso, deberemos también marchar tras la madre. Si dependemos de María, dependamos de María.

...y el que no, monstruo. Porque, recogiendo lo dicho, la intervención mediadora de la Virgen es "instrumento necesario" para la gracia; y el que no se consagra a María es un "ciego"; y el que no nace de ella es "un monstruo"...; y, en cambio, "todo justo se consagrará a la Santísima Virgen y a Jesucristo"; y todo eso, no lo he dicho yo, sino un Papa y un santo. La consagración ¿es una obligación? Debe de ser más obligatoria que una obligación, porque es una necesidad.

Y lo demás es un monstruo y es un ciego.



⁵ El P. Nazario Pérez fue figura imprescindible del congreso de 1918, pero estas palabras son de otro lugar: *Aplicación de la doctrina de la Mediación Universal a la vida ascética y mística*, Asamblea Mariana de Covadonga, 1926; cit. por Camilo María Abad, *El R. P. Nazario Pérez, de la Compañía de Jesús*, Sal Terrae, Santander 1954, 343-344. Ambos párrafos están ya citadas en la *Carta Mariana IV* (octubre de 2018).

⁶ Concilio Vaticano II, Constitución *Lumen gentium*, 56.

⁷ Benedicto XVI, homilía, 11-V-2007.